

Al fin, á los trece años de su elevacion al imperio, Cómodo tuvo una muerte tan fanesta como grande fué su impiedad y desastroso su reinado.

El tirano, sediento siempre de sangre, habia formado una larga lista de proscripcion, en la que figuraban Marcia, su concubina, el capitán de sus guardias y otros dignatarios; pero esta lista cayó en manos de los proscriptos, y resolvieron salvar su vida sacrificando la de su verdugo.

Al efecto, Marcia hizo beber á Cómodo un veneno mezclado con vino; mas viendo que la pócima no surtia su efecto con la prontitud que deseaba, hizo que le estrangulase un atleta, con el cual se habia ejercitado el Emperador en la lucha (1).

(1) LAMPRIDIUS: *Vit. Comm.*—EUTROP: *Histor. Rom.* libro VIII.—BERAULT-BERCASTEL: *Historia general de la Iglesia*, traducida por Balzá, lib. III.

CAPITULO III.

SIGLO III.

Sumario.—I. Claudio Herminiano.—II. Saturnino Vite-
lio.—III. Fulvio Plauciano.—IV. Septimio Severo.—
V. Montano.—VI. Heliogábalo.—VII. Alejandro Seve-
ro.—VIII. Maximino de Tracia.—IX. Decio.—X. Vi-
bio Treboniano.—XI.—Valeriano.—XII. Macrino.—
XIII. Aureliano.—XIV. Manes.

I.

Claudio Herminiano, Procónsul de Capadocia,

(MURIO AÑO 208 DE N. S. JESUCRISTO.)

Apénas contaba dos siglos la Iglesia institui-
da por Jesucristo, cuando el Emperador Septi-
mio Severo decretó contra ella la quinta perse-
cucion, una de las más terribles por su duracion,
porque se extendió á todos los dominios del im-
perio, y por el gran número de mártires que
fueron sacrificados en los más atroces tormentos.

Los gobernadores de las provincias, cumpliendo por una parte los decretos imperiales, é impulsado por otra por las excitaciones del pueblo, que miraba con gran prevención á los cristianos, y á veces tambien por el ódio que particularmente les profesaban, emprendieron contra los cristianos una guerra de exterminio.

Entre todos ellos sobresalió Claudio Hermiano, gobernador de Capadocia, que irritado por la conversion de su esposa al Cristianismo, trató á los cristianos con inaudita crueldad.

Pero la ferocidad de este sanguinario procónsul no quedó impune, porque, segun refiere Tertuliano (1), murió devorado por los gusanos, que una espantosa enfermedad crió en su propio cuerpo.

II

Saturnino Vitelio, procónsul de Africa.

(MURIO AÑO 208 DE N. S. JESUCRISTO.)

La persecucion decretada contra el Cristianismo por Septimio se ejecutó en casi todas las provincias del imperio con gran encarnizamiento.

(1) *In L. ad Scapulam.*

to, pero muy especialmente en Africa, donde la habia comenzado, dos años ántes de darse el edicto imperial, el procónsul Saturnino, de quien se dice fué el primero que empleó la cachilla en esta persecucion, que fué la quinta.

Las primeras víctimas de su furor fueron doce cristianos de ambos sexos, cuyas actas, que cuentan venerable antigüedad, han llegado hasta nuestros días.

Tertuliano en su tratado dirigido á Scapula, gobernador de Africa, para inducirle á que no persiguiera á los cristianos, cita, entre otros muchos ejemplos de los castigos del cielo contra los perseguidores de la Iglesia, el de Saturnino, procónsul de Africa, que despues de haber perseguido sin tregua á los cristianos, perdió la vista y murió ciego.

III

Fulvio Plauciano, Ingarteniente del imperio.

(MURIO AÑO 204 A 211 DE N. S. JESUCRISTO.)

Durante la terrible persecucion de Septimio Severo, Plauciano, hombre de oscuro nacimiento, pero á quien el Emperador habia colmado de riquezas y honores, elevándolo por último á la

dignidad de prefecto del Pretorio, fué uno de los ejecutores más terribles y sanguinarios del edicto de exterminio dictado contra los cristianos.

La circunstancia de haber quedado en Roma como logarteniente del imperio, cuando Septimio Severo marchó á la guerra contra los partos, le proporcionó la ocasion de satisfacer sus instintos feroces en los cristianos indefensos.

"En la capital del imperio, dice Berault-Bercastel, refiriendo los horrores de aquella persecucion, padecian los fieles las más inauditas violencias, por la impiedad y avaricia de Plauciano. Este hombre, de bajo nacimiento, pero de grandes riquezas, tenia una hija casada con el hijo del mismo emperador Severo, al tiempo que marchaba al Oriente contra los partos. Elevado Plauciano á tan alta dignidad, no habia olvidado los malos resabios de su origen, y parecia que solo se valia del poder para aumentar con las confiscaciones su inmensa fortuna. Ensayó sus crueldades en los fieles más pacíficos y desinteresados de Roma, y á pretexto de que no tributaban al Emperador los mismos honores que sus súbditos idólatras, obligó á sufrir una muerte cruel á muchos de ellos (1)."

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldá, lib. III.

Herodiano dice, por otra parte, que Plauciano era un hombre tan cruel y tan soberbio, que consideraba como un crimen el que se le mirára al rostro.

Plauciano sufrió el castigo que merecia del mismo Septimio Severo, que le habia elevado y enriquecido, y á quien habia servido de instrumento en la persecucion contra el Cristianismo.

En efecto: el Emperador hizo matar á Plauciano en su propio palacio, ya porque conspirase contra él, ó por librarse de un hombre tan insolente y sedicioso. Su hijo Plaucio y su hija Clantilla fueron relegados á la isla de Lipari, donde, despues de sufrir toda clase de privaciones, fueron condenados á muerte por orden de Caracalla (1).

IV.

Septimio Severo, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 211 DE N. S. JESUCRISTO)

El senado romano, despues de haber hecho decapitar á Didio Juliano, que habia comprado

(1) MOREY. *Grand Dict. Histor.*

á la guardia pretoriana la dignidad imperial, re-
conoció unánimemente como Emperador á Sep-
timitio Severo el 2 de Junio del año 193.

Durante los primeros años de su reinado, el
nuevo Emperador se mostró favorable á los cris-
tianos, y áun los protegió contra los furores del
pueblo; pero cuando Septimio Severo derrotó á
sus dos rivales Pescennio Niger y Clodio Albi-
no, que aspiraban también al trono, la persecu-
cion comenzó de nuevo. Los paganos celebraron
su elevacion con sacrificios solemnes, festines
públicos é iluminaciones. Los cristianos, por el
contrario, permanecieron indiferentes ante aque-
llas manifestaciones de alegría, por no asistir á
las ceremonias idolátricas de los gentiles, y des-
de entonces comenzaron á hacerse sospechosos
como hostiles al Emperador. Así fué que enan-
do Septimio Severo marchó contra los partos, su
primer ministro, Plauciano, que habia quedado
en Roma como lugarteniente y administrador
del imperio, adoptó varias medidas contra los
cristianos, aconsejándolos de que despreciaban la
majestad imperial. Renováronse entonces tam-
bien las acusaciones de festines sangrientos, in-
cestos y demás crímenes enumerados en la Apo-
logía de Tertuliano, y que se atribuían á los cris-
tianos, y todas estas causas contribuyeron á fo-

mentar la persecucion en África y otras provin-
cias, y sobre todo en Roma.

Tal era la situacion de los cristianos bajo Sep-
timitio Severo, ántes del año 202, es decir ántes
de que promulgase su edicto de persecucion.

Terminada la guerra de los partos, el Empe-
rador publicó el año 202 un edicto que prohibía,
bajo las penas más severas, abrazar el judaismo
ó el Cristianismo (1).

La persecucion se recrudeció desde entonces
con tal violencia en todo el imperio, que los fie-
les creyeron era el anuncio de la venida del An-
tioristo y de la proximidad del fin del mundo (2).

Eusebio dice también que esta persecucion fué
universal; pero que en Alejandría hizo mayor
número de víctimas que en ninguna otra comar-
ca del imperio. Entre otros muchos fieles pe-
recieron Leónidas, padre de Orígenes, y muchos
discípulos del mismo Orígenes que por su parte
se libró de la muerte casi milagrosamente. Pero
entre todos aquellos suplicios, merece especial
mencion el de la virtuosa esclava Potamiana, que
fué sumergida en una caldera de aceite hirvien-

(1) SPARTIANUS: *In Severo*, cap. XVII.

(2) EUSEBIO, *Hist. ecclies*, VI, 7.

do, con tanta lentitud, que su martirio duró tres horas enteras.

Sin embargo, la persecucion tomó mayores proporciones todavía en las Galias, donde, segun consta en una inscripcion que se conserva en Lyon, perecieron diez y nueve mil personas, sin contar las mujeres y niños; de modo que corria la sangre por las calles y plazas de aquella ciudad. El mismo obispo San Ireneo fué llevado entónces ante Severo, que se hallaba á la sazón en las Galias, y que se vanagloriaba de haber sacrificado al Pastor con las ovejas (1).

En la capital del imperio padecieron tambien los fieles las mayores violencias, por la impiedad y avaricia de Plauciano, lugarteniente del imperio. Por entónces, ya lo hemos dicho, volvieron á reproducirse las antiguas calumnias y á emplearse los más horrosos suplicios contra los cristianos. Unos eran crucificados, otros expuestos á la ferocidad de las fieras en el Anfiteatro, y otros condenados á los trabajos de las minas ó á la esclavitud. Ni movia á compasion la inocencia de los niños, ni la flaqueza de los ancianos, ni se respetaba el pudor de la mujer. Las

(1) EUSEBIO: *Hist.*, lib. V, cap. XX.

doncellas eran encerradas en las casas de prostitucion, incurriendo los perseguidores en la patente contradiccion de imponerles como castigo la deshonra, cuando las aensaban de entregarse en abominables festines á los placeres de la lascivia.

Por último, las *Actas de los mártires* registran con sus horrosos detalles los suplicios de muchas de las víctimas de aquella época.

El emperador Septimio Severo, que ordenó tan bárbara persecucion, no tardó en sufrir el justo castigo que merecian su impiedad y su odio al Cristianismo.

Habiéndose sublevado los bretones contra el poder de Roma, marchó Septimio con numeroso ejército á la Gran Bretaña, llevando á sus hijos Caracalla y Geta. Los rebeldes fueron vencidos; pero en el momento solemne en que celebraban una conferencia con el Emperador sobre las condiciones de la paz, Caracalla acometió por detrás con la espada desnuda á su padre, y le hubiera dado muerte á no haber detenido el brazo de tan desnaturalizado hijo el grito que aquel atentado arrancó á los oficiales presentes. Septimio Severo no manifestó la menor sorpresa; pero el crimen de su hijo le causó tal impresion, que le produjo una enfermedad penosísima

haciéndole tan odiosa la vida, que resolvió darse la muerte con veneno; mas no prestándose ninguno de sus servidores á dárselo, se excedió un día tanto en la comida, que falleció en York, en medio de los mayores sufrimientos.

Así murió aquel ambicioso, que ante la urna destinada á guardar sus cenizas exclamó: "En tí has de ver reducido á aquel para quien toda la tierra era muy pequeña."

V

Montano, hereje.

(MURIO AÑO 212 DE N. S. JESUCRISTO.)

Tal era el nombre del fundador de la secta de los montanistas, cuyos errores aceptó Tertuliano al separarse de la Iglesia cristiana, después de prestarla tan eminentes servicios,

Montano que había sido pagano, abrazó el Cristianismo, y al poco tiempo se creyó llamado á recibir las revelaciones de Dios, y á ser el reformador de la Iglesia de Jesucristo. Los historiadores, y especialmente Eusebio (1), atribu-

(1) *Historia Eclesiástica*, cap. v. 16.

yen esta pretension á su desso, hijo de su desmedida ambicion, de hacer algo grande. Otros, en cambio, consideran como muy posible que el celo exagerado del neófito, unido á su ardiente y exaltada imaginacion, fué la única causa de sus aberraciones.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Montano resolvió hacerse pasar por profeta, y comenzó á predicar unas doctrinas tan singulares como contrarias á las tradiciones de la Iglesia, anunciando que era el profeta escogido por el Espíritu Santo para revelar á los hombres las verdades sublimes que no hubieran podido comprender en tiempo de los Apóstoles.

Muchos de los que le escuchaban lo consideraban poseo, loco, ó falso profeta, y querían oponerse á sus manejos, pero otros, seducidos por la severidad de su moral ó impulsados por el amor á lo maravilloso, siguieron al impostor, á quien llamaban el Paraceto.

Entre los que se dejaron alucinar por sus falsedades, se cita principalmente á dos damas de Frigia, llamadas Prisca ó Priscila, y Maximilla, que abandonaron á sus maridos para seguir al impostor (1).

(1) EUSEBIO, cap. v. 16.

La Iglesia de Oriente condenó sus errores hacia el año 172; pero el orgulloso sectario persistió en ellos á pesar de aquel anatema y de las advertencias y consejos de sus legítimos pastores.

Los primeros montanistas no introdujeron variación alguna en los artículos del Símbolo; pero seducidos por la idea de una perfección superior, aumentaron el rigor de las penitencias establecidas por los cánones; rechazaban de la comunión á los culpables de algún crimen, fundándose en que nadie tenía el derecho de absolverlos; condenaban las segundas nupcias como adulterios; establecieron hasta tres cuaresmas en extremo rigurosas, y ayunos extraordinarios y enseñaban, por último, que no sólo no debía huirse de las persecuciones, sino que al contrario debía buscárselas y desafiar los tormentos y la muerte.

Montano, fundador de esta secta que subsistió más de un siglo en Asia, y que se extendió también por Africa, vivió hasta el año 212, bajo el reinado de Caracalla.

Muchos escritores afirman que Montano puso fin á su existencia ahorcándose, así como su discípulo Maximila.

VI.

Hellogáballo, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 222 DE N. S. JESUCRISTO.)

La astucia de su abuela Mesa elevó á este príncipe al imperio á la edad de catorce años, y sus vicios y excesos ocasionaron su caída y su muerte cuatro años despues.

Los desórdenes de Hellogáballo, y el lujo fastuoso que desplegó en su corte, no tienen ejemplo en la historia; y la crueldad del jóven príncipe se manifestó, apenas subió al trono, por las numerosas ejecuciones que decretó en Siria y en Bitinia.

El lujo deslumbrador de Hellogáballo demuestra hasta dónde puede llegar la prodigalidad de un jóven presuntuoso colocado sobre el trono de un poderoso imperio.

“Todos los manjares de su mesa, dice Aqueuil, habian de venir de países distantes; el camino al cuarto en que dormía estaba sembrado de polvos de oro, como que creía ser cosa indigna de su persona tocar la tierra. Jamás se puso

dos veces un vestido, ni se adornó dos veces con las mismas joyas y sortijas: todos los días reparaba sus vestidos y joyas entre sus criados y demás que le acompañaban, y toda su vajilla se repartía á los convidados. Hizo de su palacio una casa de prostitucion en ambos géneros, y llamó á ella á las más infames disolutas de Roma; renovó en público los matrimonios monstruosos de Nerón; recibió en su lecho sucesivamente seis esposas legítimas, y entre otras una vírgen vestal, escándalo horrible para los romanos.

“Yo sacerdote, decía, y ella sacerdotista, tendremos una sucesion digna de los dioses (1).

Heliogábalo atribuía su elevacion al trono al dios creador que habia adorado en Etna bajo la forma de un meteorolito, y que hizo conducir á Roma para colocarle en un templo magnífico, construido con este fin sobre el monte Palatino.

La traslacion y colocacion en su templo de aquella tosca piedra se celebró en Roma con magníficos festejos.

No contento el tirano con tributar á su dios favorito culto tan espléndido, se consagró princi-

(1) *Compendio de la Historia universal*, traducido por el P. Francisco Vazquez.

palmente durante su breve reinado á extenderlo á todo el imperio, persiguiendo las demás religiones, y entre ellas la judía y la cristiana.

No llegó Heliogábalo á decretar ninguna persecucion contra el Cristianismo, ni sufrieron los cristianos bajo su reinado los rigores que aflagieron á la Iglesia bajo Decio, Valeriano y otros; pero no por esto faltaron fieles que murieron por su fé. Entre todos ellos mereco especial mencion el presbítero San Calepodio, que murió degollado; su cadáver fué arrastrado por las calles de Roma, y su cabeza arrojada al Tíber.

Poco tiempo despues el tirano fué destronado y muerto por los soldados, á los diez y ocho años de edad y cuatro de reinado.

Heliogábalo habia llevado su exceso de lujo hasta el punto de disponer lujosamente varios instrumentos de muerte, por si algun dia se veia en la necesidad de suicidarse. Con este fin dicese que tenía preparados un puñal de oro y algunos venenos encerrados en vasos riquísimos de cristal y pórfito, y que habia hecho incrustar de piedras preciosas un patio al que pensaba arrojarse, en caso extremo, desde una torre.

Pero todos estos lujosos preparativos fueron inútiles, porque cuando llegó el peligro que temía, y que sus excessos hacian esperar, Heliogá-

balo huyó con su madre, ocultándose en las letrinas del campo, donde fué asesinado por la soldadesca sublevada contra él en los brazos de su madre, que pereció también á manos de los rebeldes.

Sus cadáveres, despues de servir de escarnio al populacho, fueron arrojados al Tiber, y hasta el Senado infamó para siempre el nombre de Heliogábalo.

VII.

Alejandro Severo, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 235 DE N. S. JESUCRISTO)

Los historiadores todos elogian el buen natural de Alejandro Severo, y ponderan la prudencia y sabiduría con que, siendo aun muy jóven, gobernó el vasto imperio romano, pero la historia nos ha trasmitido por otra parte algunos datos de su vida y de su reinado, que empañan su gloria y su fama.

Alejandro Severo era piadoso con la piedad pagana, y tan modesto que prohibió le diesen el título de *Dominus*, y mandó se le saludase solamente con las palabras: *Ave Alexander*.

No obstante, los primeros días de su reinado están señalados con la muerte de una víctima ilustre. El Papa San Calixto I fué reducido á prision y abandonado á los horrores del hambre al mismo tiempo que se apaleaba con frecuencia su cuerpo, hasta que murió en 14 de Octubre de 222. El Papa Urbano I, que le sucedió, fué degollado, y San Ponciano, que por muerte de éste subió á la Silla pontificia, fué desterrado.

Al mismo tiempo sufrieron también el martirio otros muchos fieles por las intrigas de los juriconsultos, que abusando de la influencia que ejercieron en el gobierno bajo Alejandro Severo, miraban la religion cristiana como una novedad contraria á las leyes romanas. Ulpiano, uno de los más célebres, y que fué elevado á la dignidad de prefecto ó gobernador de Roma, publicó un tratado sobre las obligaciones de los procónsules, en el cual recopiló las ordenanzas de los príncipes, con una enumeracion circunstanciada de los castigos decretados contra los cristianos.

El emperador Alejandro Severo, que permitió esta persecucion encubierta, y el suplicio de dos Vicarios de Jesucristo, fué asesinado á la edad de veintisiete años, con su madre Mama, por sus propios soldados.

VIII.

Maximino de Tracia, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 238 DEN N. S. JESUCRISTO.)

Muerto Alejandro Severo, vino á ocupar un bárbaro el trono de la orgullosa Roma.

Un godo y una alana, fueron sus padres, y Tracia la cuna del que soltó el cayado de pastor para empuñar el cetro del imperio más vasto de la tierra.

Este bárbaro, este pastor, este Emperador romano, en fin, fué tan grande en emigo del Cristianismo, como de colosal estatura, insaciable en el comer y beber, é inagotable en la crueldad.

Elevado apénas al imperio, dió un edicto de muerte contra los Obispos y los sacerdotes, siendo una de las víctimas de aquella persecucion el Papa San Ponciano, que habia sido desterrado á Cerdeña por Alejandro Severo. El año siguiente el Papa San Antero fué sacrificado también al furor imperial.

Los simples fieles no fueron comprendidos en aquel decreto de exterminio, pero no debieron su salvacion á la clemencia del tirano, sino á la

imposibilidad de acabar con ellos sin despoblar el imperio. "Somos de ayer, acababa de escribir Tertuliano en un sublime reto lanzado á la faz de los Césares, y ya lo llenamos todo: vuestras ciudades, vuestras fortalezas, vuestras islas, vuestras aldeas, vuestros campos, el palacio, el Senado, la plaza pública; solo os dejamos vuestros templos."

Sin embargo, Maximino de Tracia trató de oponerse á aquel hermoso torrente que inundaba el imperio, exterminando á los Obispos y á los sacerdotes, fuentes de donde manaban las aguas; pero cansado el imperio de su crueldad y de su tiranía, se levantó contra el Emperador, que perdió el trono y la vida.

Una sublevacion del ejército de África contra un enviado de Maximino fué la señal de la rebelion, que secundaron en seguida el resto del ejército y el Senado. Asustados entónces los soldados que hacian la guerra en Alemania á las órdenes del mismo Emperador, al recibir la noticia de que todo el imperio se armaba contra ellos, entraron en su tienda y degollaron á Maximino y á su hijo, arrojando sus cuerpos á las fieras y enviando sus cabezas á Roma, donde fueron recibidas con grandes muestras de regocijo.

Decio, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 251 DE N. S. JESUCRISTO.)

Entre las grandes persecuciones que sufrieron los cristianos bajo los emperadores de Roma, la de Decio fué la séptima, y con la de Diocleciano una de las más terribles y sangrientas.

Al subir Decio al trono, formó la resolución de volver á levantar el decaído poder del imperio; y como creía que se había hecho grande y poderoso por su fidelidad á los dioses y por la íntima union de su religion con los intereses del Estado, pensó que debía aniquilar las sectas contrarias al culto de Roma y restablecer la unidad religiosa. Este Emperador resolvió, por consiguiente, abolir el cristianismo, inducido á ello, segun el testimonio de Orígenes (1), por los que en aquella época tenían especial empeño en presentar á los cristianos como peligrosos al Estado.

(1) *Contra Celsum*, núm. 15,

Eusebio (1) y San Jerónimo (2) dicen que Decio persiguió á los cristianos por ódio á su predecesor Felipe el Árabe, que los había protegido; pero esta razon no satisface á muchos historiadores pues dicen que no es probable que un príncipe instruido, hábil y de talento como Decio, no tuviera otros motivos para ejercer las violencias que ensangrentaron su reinado.

Lo cierto es que Decio publicó al poco tiempo de su elevacion al trono un edicto severo contra los cristianos, cuyo texto nos trasmittieron Gregorio de Nicea (3) y otros escritores eclesiásticos, y en el que se ordenaba á los gobernadores, bajo severas penas, les aniquiláran por medio de toda clase de suplicios, ó los indujeran por medio del terror y las torturas á adorar á los dioses pátrios.

Los gobernadores se encargaron desde luego con preferencia á ejecutar el edicto, exigiendo, segun dice San Gregorio de Nicea (4), que en un término dado compareciesen todos los cris-

(1) *Hist. eccl.*, VI, 39, et *Oron.* ad ana, 209,

(2) *Catálogo*, núm. 54,

(3) *In vita Gregorii Thaummat.*, opp, tomo III,

(4) *In vita Gregorii Thaummat.*, opp, tomo III.

tianos ante los magistrados y abjurasen oficialmente de su fé, bajo la pena de muerte.

Entónces los vecinos delataron á sus vecinos, los parientes á sus parientes, y hasta los hijos á sus padres, porque el afán de enriquecerse con los bienes de los cristianos produjo innumerables denuncias.

El plan del Emperador era vencer el valor y resignacion de los cristianos con un largo cautiverio, ó con la aplicacion de horrosos tormentos, renovados con frecuencia, pero que no causarían la muerte de la víctima. Así es que San Cipriano dice: "Ni los que se hallaban dispuestos á morir podian conseguirlo; la tortura debía despedazar y quebrantar al paciente para hacer sucumbir, no á la fé, que es fuerte, sino á la carne, que es débil (3)." "Bienaventurados, dice en otra parte, los que sucumbian pronto y aquellos á quienes la muerte libraba de tan largo martirio."

"Las sillas de hierro hecho asca, dice San Gregorio de Nicea, las uñas de acero, la cuchilla, las hogueras, las fieras, todos los instrumentos de muerte inventados por la crueldad, esta-

(3) Ep. 53, p. 76.—Ep. 7, p. 18.

vieron en ejercicio continuo, destrozando de noche y de dia los cuerpos de los mártires." Dionisio, obispo de Antioquia, dice, refiriéndose á Eusebio de Cesárea, que esta persecucion, que, segun Orosio, fué la sétima, fué tan terrible, que los fieles creyeron se encontraban en aquellos tiempos de los cuales ha dicho Nuestro Señor Jesucristo sería tan grande la tentacion, que caerian en ella áun los escogidos, si fuese posible.

Y en efecto, la Iglesia sufrió entónces, no sólo el rigor de sus encarnizados enemigos, sino el dolor de ver que muchos de sus hijos cedieron á los tormentos, apostatando de la Religion verdadera y sacrificando en los altares de los falsos dioses.

San Cipriano, Orígenes y Dionisio el Grande, lamentan la debilidad de aquellos fieles que no tuvieron valor para sufrir el martirio; pero en cambio hubo otros muchos que sellaron con su sangre la fé de Jesucristo, y entre ellos el Papa San Fabian, que fué decapitado el 20 de Enero del año 250.

Felizmente aquella guerra de exterminio contra los cristianos solo duró un año, porque las invasiones de los bárbaros en Africa, y de los godos y peras, y las sediciones suscitadas por

los que aspiraban al imperio, calmaron la persecucion. Sin embargo, el tirano no pudo eludir el castigo que su impiedad y su odio al Cristianismo merecian.

El año siguiente (251), Decio marchó con sus hijos contra los godos y los persas, que desolaban la Mesia y la Tracia; pero con tan mala suerte, que, encerrados y acometidos por los bárbaros en un terreno pantanoso, Decio el joven murió de flecha enemiga, otros dos hermanos suyos murieron tambien á manos del enemigo, y el Emperador, su padre, ahogado en el fango, con la mayor parte de su ejército, que sirvió de pasto á las fieras y á las aves de rapiña.

II

Vibio Treboniano Galo, emperador de Roma, y Volusiano, Cesar del imperio.

(MURIO AÑO 253 DE N. S. JESUCRISTO.)

Muerto Decio, el ejército aclamó Emperador á Treboniano Galo, á pesar de haberse extendido la voz de que sus inteligencias secretas con los godos habian causado la muerte del Emperador y de sus hijos, y la derrota del ejército:

Apénas fué coronado, declaró César á su hijo Volusiano, casándole con una hija de Decio, y adoptó á Hostiliano, único hijo de éste que aún vivia.

Pero Treboniano, lejos de ser más favorable al Cristianismo que lo habia sido su antecesor, siguió de tal modo con su hijo y colega en el imperio los pasos de aquél en este punto, que la persecucion de Galo y Volusiano está comprendida bajo el nombre comun de sétima persecucion.

Wetzer y Welte dicen que este reinado proporcionó alguna calma á los cristianos, atendida la cruel persecucion de que habian sido objeto por parte de su predecesor, y gracias á los continuos trastornos causados en el seno del imperio por las guerras con los godos, los persas y los escitas, y que las disposiciones que se adoptaron contra los cristianos y principalmente contra el clero, deben considerarse como continuacion de los rigores de Decio (1).

En efecto: en ménos de dos años fué desterrado el Papa San Cornelio, martirizado su sucesor Lucio, y sacrificados muchos sacerdotes.

(1) *Diccionario enciclopédico de la Teología católica*, art. Galo,

El imperio todo sintió entonces el castigo del odio y encarnizamiento con que eran perseguidos los cristianos.

La peste que desolaba el imperio desde el reinado de Dacio tomó pavoroso incremento sacrificando numerosas víctimas; y por otra parte, los borgoñones y carpos, los escitas y persas, y los nómadas, llevaron con sus invasiones los horrores de la guerra á todas las provincias, en Europa, en Africa y en Asia.

Al mismo tiempo los emperadores Galo y su hijo Volusiano pasaban torpemente su vida, abandonados á los placeres, y sin cuidarse de los enemigos de Roma, que por todas partes invadían sus dominios.

Emiliano, jefe de las tropas de Pannonia, fue el instrumento de la venganza divina, porque, engreído con la victoria que acababa de alcanzar sobre los godos, se hizo proclamar Emperador, y marchó con su ejército sobre Roma. Galo y Volusiano se prepararon á resistir al usurpador; pero fueron asesinados por sus propios soldados, y en presencia del ejército de Emiliano, á quien proclamaron también Emperador.

XI.

Valeriano, emperador de Roma.

(MURIO AÑO 260 DE N. S. JESUCRISTO.)

A la muerte de Treboniano Galo y Emiliano, que se disputaron el trono, y que apenas tuvieron tiempo para sentir el peso de la corona, empuñó el cetro de los Césares Valeriano, que asció al imperio á su hijo Galieno. Durante algunos años se mostró indulgente con los cristianos, y la fortuna le sonrió, coronando sus empresas con éxito felicísimo. Arrepentido despues de su tolerancia, renovó las persecuciones de sus predecesores, no respetando ni la santidad del Papa Estéban, que, llevado á su presencia, contó con nobleza y energía cristianas á las preguntas del tirano. Irritado éste, mandó conducir al Sumo Pontífice al templo de Marte, para que le mostráran el género de suplicio que se le preparaba. Al llegar al templo, San Estéban levantó los ojos al cielo, y exclamó: "Señor Dios Padre, vos que destruísteis la torre de Babel, destruid este lugar donde el demonio se ha consti-

tuido soberano, y seduce á los pueblos con las ceremonias vanas de la mentira y de la usurpacion." Dijo, y parte del templo fué destruída por los rayos que la cólera del cielo lanzó sobre él en medio de truenos y relámpagos. Los soldados que llevaban preso á San Estéban huyeron despavoridos, y el Papa quedó solo con los suyos, y los condujo al cementerio de Lucina, donde, al acabar de exhortarlos á sufrir el martirio, fué decapitado por los nuevos emisarios que Valeriano envió contra él (1).

Sucedióle en la silla de San Pedro San Sixto II; pero su pontificado fué muy corto, pues al año siguiente, y en el momento en que celebraba los sagrados misterios en el cementerio de Calixto, se apoderaron de su persona varios enviados del Emperador, y le dieron muerte.

En aquella persecucion murió un gran número de fieles, porque el imperio todo se levantó contra los cristianos, alentado por los Emperadores.

Al poco tiempo el Emperador y el imperio sintieron sobre sí todo el peso de la justicia divina.

(1) BARONIO: *Ad ann. 258 y 259, et Acta Sanct. August. 2.*

Una epidemia que se había presentado durante el reinado de Decio, tomó en el año 252 un incremento tan horrible, que en Roma y otras muchas ciudades de Italia morían diariamente cinco mil personas; siendo tal el pánico que se apoderó de los gentiles, que arrojaban á la calle por las ventanazas á sus parientes enfermos, para evitar el contagio, viéndose las calles y las plazas sembradas de moribundos y de cadáveres. Durante muchos días Italia se vió sumida en las más espantosas tinieblas, y sacudida por grandes terremotos que destruyeron ciudades enteras, siendo tragadas otras muchas, con todos sus habitantes, por la tierra ó por el mar.

El hambre afligió también con sus rigores al imperio, y, por último, la guerra vino á coronar tanta catástrofe, dando al emperador Valeriano el castigo que merecía.

Este príncipe, cuyas legiones habían quedado siempre victoriosas en los años en que respetó al Dios de los cristianos, vió declinar su estrella desde el momento en que firmó el decreto de persecucion. Desde entonces Valeriano marchó de derrota en derrota, hasta que llegó á perder el imperio, su gloria y la libertad en las llanuras de Mesopotamia, donde, despues de la pérdida de una batalla, cayó en poder de su

enemigo Sapor I, rey de Persia, por malicia ó por imprupencia del mismo Macrino, que le inclinó á perseguir á los cristianos. Valeriano fué conducido á Persia y cargado de cadenas, pero con las insignias imperiales, de que no le privó Sapor para mayor humillacion.

Su esclavitud fué muy dura, porque el rey de Persia abusó de su prisionero hasta el punto de obligarle á que se pusiera en cuatro piés para servirle de estribo siempre que montaba á caballo, á cuyo fin le llevaba consigo encerrado en una jaula.

Su hijo Galieno, que le sucedió en el trono, ni siquiera trató de rescatar ó vengar á su padre, y al fin Valeriano fué mandado desollar y salar como un cerdo por Sapor, que hizo colocar su piel en un templo, como símbolo perpétuo de ignominia para los romanos.

XII

Macrino.

(MURIO AÑO 258 DE N. S. JESUCRISTO.)

La terrible persecucion decretada por Valeriano, que por espacio de tres años y medio affligió á la Iglesia, fué aconsejada al Emperador

por Macrino, hombre astuto é intrigante y dado á la magia, que ejerció en aquel reinado una perniciososa influencia.

La historia, que nos ha trasmitido los horrores de aquella persecucion y el castigo de Valeriano, consigna tambien la expiacion de Macrino, que despues de haberse hecho proclamar Emperador, fué derrotado y muerto con sus dos hijos por el ejército de Iiria.

“Este castigo, dice Bernault-Bercastel, puede mirarse como uno de los más señalados reverses de la fortuna, por recaer en el hombre más favorito suyo que quizás hubo jamás, y en quien se observó que se hallaban reunidos, con la mayor parte de los talentos, los sucesos más prósperos en las empresas, el valor más noble, la mayor opulencia, la política más fina, la experiencia más consumada en los negocios; en una palabra, cuantas cualidades temporales pueden adornar á un hombre. Extinguióse poco despues de su muerte toda la raza de este malvade, que desde la baja clase de mago egipcio llegó á la alta dignidad de Emperador (1).”

(1) *Historia general de la Iglesia*, traducida por Baldú, libro V.

XIII

Aureliano, Emperador de Roma.

(MURIO AÑO 275 DE N. S. JESUCRISTO)

A fines del año 270 de Jesucristo fué proclamado emperador de Roma Aureliano, natural de Pannonia, y de oscuro nacimiento, pero soldado de fortuna, cuyas hazañas y pericia le elevaron á los más altos grados de la milicia.

En un principio se mostró favorable al Cristianismo; pero ansioso despues de ganarse la estimacion del Senado y del pueblo, hubiera promulgado un edicto de persecucion contra la Iglesia, que le presentaron, si en el momento de ir á firmarlo, no se lo hubiera impedido un rayo que cayó junto á él, y que tomó por aviso del cielo.

No obstante, con el tiempo, habiéndole abandonado Dios á la corrupcion de su corazon, publicó contra los cristianos, dice Lactancio, edictos de sangre y de muerte, que dieron lugar á la novena persecucion.

“Afortunadamente, dice Berault-Bercastel, sucedió esto á fines de su reinado, de modo que

aún no habian llegado los edictos á las provincias remotas, cuando permitió la Providencia que fuese asesinado por intrigas de su secretario. Con todo, aunque los edictos de Aureliano, añade el autor citado, entrieron poco efecto, como las inclinaciones conocidas de los soberanos tienen casi la misma fuerza que sus órdenes, el ódio implacable al nombre cristiano en un príncipe de carácter violento y naturalmente cruel, como él era, no dejó de aumentar el número de los mártires.”

Así fué que la Gallia, la misma Roma y otras comarcas y ciudades del imperio vieron correr la sangre de muchos fieles, que murieron en los más horrosos suplicios.

El Papa San Félix I recibió la palma del martirio en aquella persecucion, el día 22 de Diciembre del año 274.

Al año siguiente, Aureliano tuvo que marchar contra los persas, que habian invadido el imperio; pero ántes que pudiera medir sus armas contra ellos, fué asesinado por algunos de sus oficiales, á consecuencia de una intriga tramada por Mnesteo, su propio secretario.

XIV.

Manes, hereje.

(MURIO AÑO 271 DE N. S. JESUCRISTO)

El gnosticismo, que apareció ya en los primeros años de la Iglesia, y que desapareció y volvió á presentarse tantas veces propegando mayores errores, tomó una nueva forma en el siglo III, bajo la dirección de Manes, que mezcló hábilmente las teorías dualistas del Asia con las ideas religiosas de los adoradores del fuego.

La vida de Manes la refiere la historia de muy distinta manera, segun está sacada de las fuentes orientales, ó sean persas, siriacas y arábes, ó de las fuentes griegas y latinas, pero conviniendo en que Manes propagó el gnosticismo, amalgamando algunos principios del Cristianismo con los errores de las falsas religiones de la antigüedad,

Manes admitía la existencia de dos seres iguales, creados, uno bueno, que era la luz, el espíritu, y otro malo, que era la materia, las tinieblas. Estos dos principios, segun él, estan

en oposicion directa, perfecta y absoluta, procediendo del primero el alma buena del hombre y del segundo la mala, el cuerpo y todas las criaturas corpóreas.

Manes, por otra parte, decia de sí mismo que era el Espíritu Santo, y se llamaba Apóstol de Jesucristo. Negaba la resurreccion y condenaba el matrimonio, pero permitía á sus discípulos la más asquerosa lascivia. Prohibía dar limosna á los pobres que no pertenecian á su secta, y honrar las cenizas de los mártires. Atribuía los impulsos y movimientos de la concupiscencia al alma mala. Las almas de sus sectarios segun él, se elevaban de la tierra á la luna, y de ésta al sol, donde se purificaban para continuar luego su ascension hasta el mismo Dios. Las almas de los demás hombres descendian al inferno para pasar luego á animar otros cuerpos, segun el sistema de trasmigracion de Pitágoras.

En cuanto á Jesucristo, negaba su humanidad y resurreccion, y decia que era la serpiente que habia tomado á Eva. Sin embargo, le colocaba en el sol, así como á la sabiduría en la luna, al Espíritu Santo en el aire, y al Padre en un abismo de luz. Por último, rechazaba las profecías y una gran parte de los Libros Sagrados, y sostuvo además tantos y tan abominables errores,

que el Papa San Leon decia de su sistema lo siguiente: *El demonio, que reina en todas las herejias ha levantado una fortaleza y establecido su trono en la de Manes, donde reina, no por una sola clase de error, sino por todas las impiedades y locuras de que es capaz el espíritu humano; porque todo cuanto tienen los paganos de profano, los juicios de ceguedad y de carnal, los secretos de los magos de ilícito, y los herejes de sacrilegio, se ha reunido como en una cloaca en la secta de los maniqueos.*

La herejía de Manes contó desde el principio con muchos partidarios, y se propagó por Oriente y Occidente, en Persia, Mesopotamia, en Siria y en Palestina, ea el Egipto y resto de Africa, en Italia, las Galias y en España.

Los maniqueos sufrieron tambien terribles persecuciones por parte de Diocleciano y otros Emperadores, y las refutaciones de sábios tan eminentes como San Basilio el Grande, Diodoro de Tarsis, Eusebio de Emesa, Horadiano, obispo de Caledonia, y aun del hereje Apolinario. El maniqueismo vivió, á pesar de todo, más de mil años: primeramente bajo su propio nombre, y despues bajo las denominaciones de priscolianistas, albigenses y otras que adoptaron sus secuaces.

El fin de Manes fué tan funesto como merecia el fundador de esta abominable herejía, que tantas y tan amargas lágrimas arrancó á la Iglesia de Jesucristo.

Los testimonios orientales y greco-latinos no están conformes en las causas que contribuyeron á su muerte, pero convinen en que fué desastrosa.

Segun los primeros, Manes trató de granjearse el favor del rey Sapor; pero cuando los magos declararon herética su doctrina, tuvo que retirarse á una caverna del Thurkestan, donde formuló simbólicamente su doctrina en el libro conocido entre los persas con el nombre de *Ertien-ki-Mani*.

Posteriormente, el rey Bahram se mostró favorable á Manes; mas habiendo sido tambien declarado hereje por los magos, despues de una discusion pública que con él celebraron, fué desollado vivo, y su pellejo, despues de relleno, colgado á las puertas de la ciudad de Dahondischapour, para escarmiento de sus secuaces.

Segun los greco-latinos, engraido Manes con la altísima mision que se atribuia y con sus conocimientos en la magia, se ofreció al rey Sapor para curar á su hijo, gravemente enfermo. Confado el Monarca en la magia de Manes, acep-

tó sus ofrecimientos; pero habiendo muerto el príncipe á sus manos, fué encerrado en una prisión. Al poco tiempo Manes logró evadirse, y se refugió en un antiguo castillo, llamado Arabion, y situado en la frontera de Persia y Mesopotamia,

Estos testimonios greco-latinos hablan tambien de una discusion pública que sostuvo Manes con el obispo Arquelao, en la que quedó triunfante este Prelado, retirándose avergonzado el hereje á su fortaleza; pero atacado en ella y hecho prisionero, fué entregado al Rey, que le condenó á ser desollado vivo con cañas puntiagudas, y mandó rellenar su pellejo y exponerle al escarnio del pueblo.

CAPITULO IV.

SIGLO IV.

Sumario.—I. Valerio Severo.—II. Maximiano Heracleo.—III. Galerio Maximiano.—IV. Majencio.—V. Maximino Laia, y su mujer.—VI. Diocleciano.—VII. Prisca y Valeria.—VIII. Licinio.

I.

Valerio Severo, César del imperio romano con Diocleciano.

(MURIO AÑO 307 DE N. S. JESUCRISTO.)

Elevado á tan alta dignidad por el sanguinario Diocleciano, fué su principal cómplice y fautor de la persecucion contra los cristianos hasta que, vencido por Majencio, que se habia hecho aclamar emperador de Roma, le concedió por gracia que se hiciese abrir las venas, segun afirma Lactancio.